

# La casica del abuelo

Laura Torres Gandía

La casica del abuelo son nueve metros cuadrados parados en el tiempo. Es el desorden de quien ha gastado sus manos y su vida en descifrar el lenguaje de los tomates, los ajos y las acelgas. Ochenta y cuatro años dedicados a entender los anuncios del cielo y los favores de la lluvia.

Mi abuelo Vicente no sabe ser otra cosa que eso que siempre ha sido. El tiempo pesa en sus huesos y los claros y oscuros de su cara, pero él se empeña en la rutina del paseo mañanero hasta el huerto para seguir practicando la maravilla de convertir la tierra en vida.

Ese cuarto de herramientas con pinta de laboratorio clandestino guarda los restos de varias vidas. Historietas que él me cuenta con fecha exacta y coordenada geográfica, con rigurosidad histórica y lenguaje popular, con nombres de personas con sabor a antiguo.

Su cuerpo lleva escrito el trabajo en el campo. Sus manos han moldeado la tierra, pero también viceversa; el sol ha pintado su calva y sus pantorrillas, el agua ha limpiado el resto.

A veces pienso en él y en sus relatos sordos y siento que esa casica de nueve metros cuadrados parados en el tiempo es lo único que queda de aquel pasado rural que ha sido su vida. Ya se han muerto todos los amigos de nombre viejo, todos los hermanos de campo y vendimia, todas las hoces y todos los sabores de su juventud. Ya se ha muerto su presente, pues hoy vive en uno al que no siente que pertenezca.

Villena, 2009-2010.